

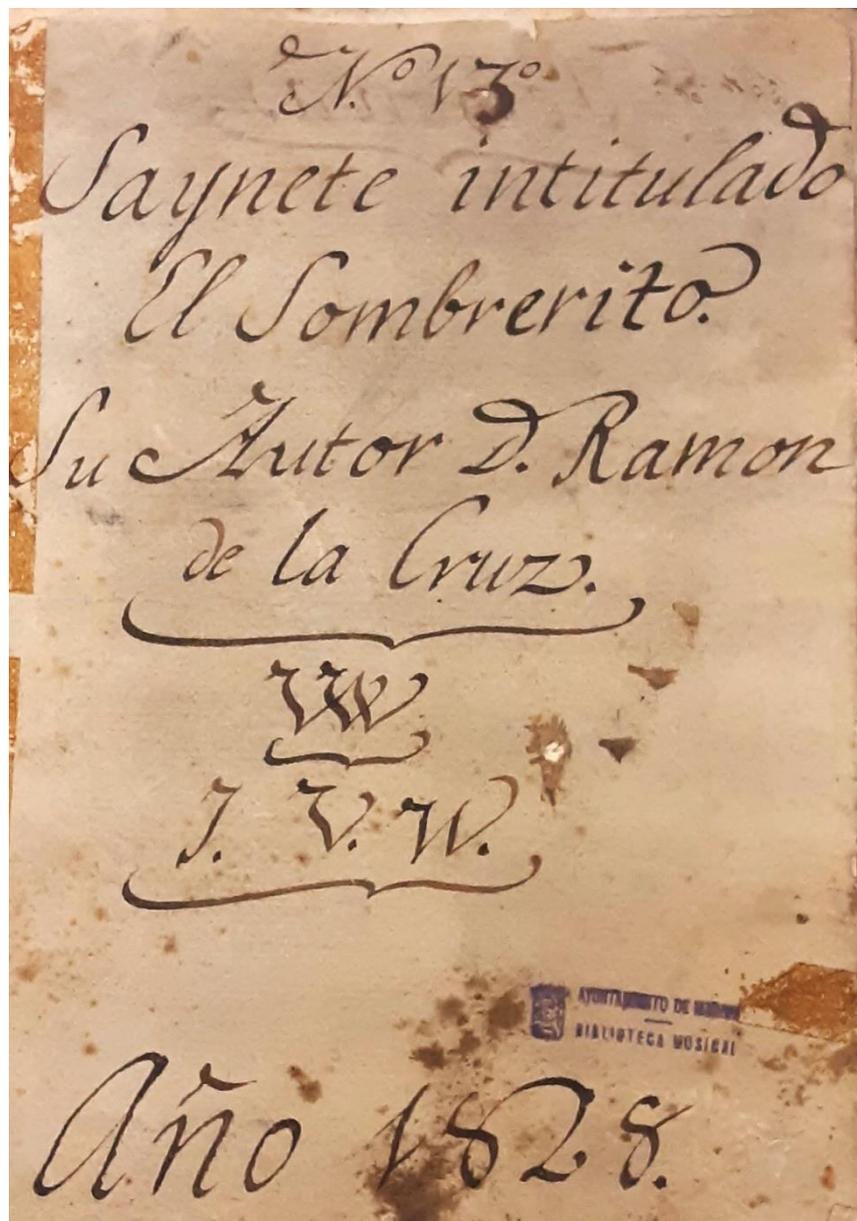
PIEZA DEL MES

FEBRERO 2024

MANUSCRITO

SAINETE “EL SOMBRERITO” DE RAMON DE LA CRUZ.

1828



Ficha técnica

Manuscrito

Sainete intitulado El sombrero.

Su autor D. Ramon de la Cruz.

Año 1828

Ramón de la Cruz Cano y Olmedilla (1731- 1794).

Don Ramón de la Cruz Cano y Olmedilla nació en Madrid en 1731, en una casa situada en la calle Prado, próxima a los coliseos de la villa. Aunque llegó a ser un personaje muy popular, poco conocemos de su vida. Estudió Humanidades y Jurisprudencia, aunque no completó los estudios, y trabajó desde 1759 como oficial de la Contaduría de Penas de Cámara y Gastos de Justicia hasta dedicarse por entero a la creación literaria.

Entre 1757 y 1792 escribió, adaptó o tradujo más de quinientas cincuenta obras, abarcando casi todos los géneros al uso de su tiempo: zarzuelas, tragedias y comedias, aunque la mayoría serán piezas cortas. De 1757 datan las primeras que se conocen, el sainete titulado “La enferma de mal de boda”, y la zarzuela en dos actos “Quien complace a la deidad, acierta a sacrificar”, representada en el teatro de la Cruz por la compañía de Parra, el 26 de octubre de ese mismo año.

Desde 1760, cuando se casó con la salmantina Margarita Beatriz de Magán, su nombre aparece en las carteleras teatrales y se convierte en uno de los principales proveedores de las compañías madrileñas, en particular de piezas breves. Se inició en los intermedios con cierto éxito: “El hospital de la moda” (1762), “La petimetra en el tocador” (1762) o “La crítica” (1763). Tradujo la ópera cómica “El tutor enamorado” (1764) con música de Luis Misón, para el marqués de Ossun, embajador de Francia, con motivo de la boda entre la infanta María Luisa y el archiduque de Austria. Al año siguiente el Ayuntamiento le encargó “Laudatoria que en el anterior festejo se dijo al Rey Nuestro Señor”.

El reconocimiento que obtiene en la capital le ayuda a colaborar en la campaña de reforma del ministro Aranda (al lado de otros intelectuales como Iriarte, Olavide, Trigueros...), con la escritura de algunas óperas o zarzuelas destinadas a la corte y con la traducción de obras. Entre las piezas líricas, unas originales y otras traducidas, se pueden señalar, “Los cazadores” (1764), con música de Gassman, para celebrar el



Retrato publicado en Don Ramón de la Cruz y sus obras por Emilio Cotarelo y Mori, 1899.

matrimonio de Carlos IV con María Luisa de Parma. Adaptó con gran éxito la ópera “Pescar sin caña ni red es la gala del pescar” (1765), de Piccini y Paisiello; “Los portentosos efectos de la naturaleza” (1766) con música de Scarlatti; “El filósofo aldeano” (1766), ópera italiana con música de Galuppi. En 1768 redactó, por encargo del conde de Aranda, el libreto de la zarzuela heroica “Briseida” que, con música de Antonio Rodríguez de Hita, tuvo una buena acogida, y anticipa el cambio que iba a sufrir la zarzuela. Don Ramón de la Cruz revitalizó la zarzuela modernizándola por dos vías. Por un lado, tradujo al español, adaptándolas libremente, numerosas óperas, en especial burlescas, de autores italianos y franceses, que convirtió en zarzuelas. Consiguió de este modo que fueran representadas por intérpretes españoles, temerosos de cantarlas en los idiomas de origen, y que alcanzaran una mayor audiencia. Pero, en especial, renovó el género al abandonar los personajes y los temas de la tradición calderoniana, para incorporar a sus obras el ambiente español y el tono burlesco, abriendo nuevas sendas para el futuro. La zarzuela del vate madrileño terminó dando paso a lo nacional y popular, recogiendo en ella el mismo aire casticista y conservador que se encuentra en sus sainetes.

Fue amigo de algunos personajes de la nobleza, para los que adaptó óperas italianas y zarzuelas, entre ellos del duque de Alba. A la muerte de éste se convirtieron en sus mecenas la condesa-duquesa viuda de Benavente (hermana del duque de Osuna) y su hija María Josefa Pimentel, muy aficionadas al arte dramático, en cuyo teatro privado representó la comedia “El día de campo” (1781), y en 1786, las zarzuelas “El extranjero”, con música del siciliano Antonio Ponzó, y sobre todo “La Clementina”, con partitura del famoso Luis Boccherini.



Cubierta de la partitura La Clementina

Asimismo, obtuvo ayuda económica para publicar su Teatro o colección de los sainetes y demás obras dramáticas (1786- 1791), en diez pequeños volúmenes. Durante la última década de su vida disminuyó su producción, aunque todavía salieron de su pluma algunas piezas maestras. De 1789 es la zarzuela en un acto “La fuerza de la lealtad”, para la celebración de la entrada de Carlos IV como Rey y la jura del príncipe de Asturias don Fernando, a la que antecedía la loa “El público reconocido a su Monarca” y cerraba con el fin de fiesta de tono alegórico “Las provincias españolas unidas por el placer”. Don Ramón de la Cruz murió en Madrid, en la casa de la que había sido su fiel protectora, la condesa de Benavente, el 5 de marzo de 1794.

Aunque escribió obras de todos los géneros, si por algo podemos destacar la dramaturgia de Ramón de la Cruz fue, sobre todo, por su abundante producción de piezas breves destinadas a los distintos espacios de la función teatral: loas, sainetes, tonadillas, fines de fiesta.

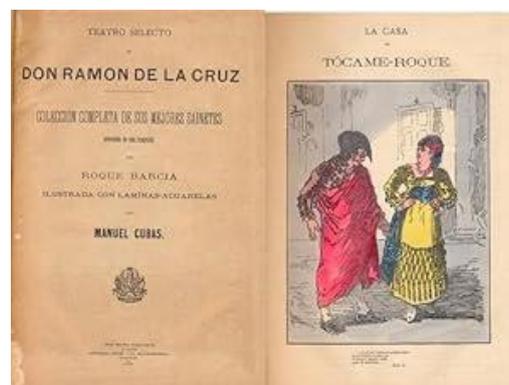
Los sainetes de Don Ramón de la Cruz

La palabra sainete se utiliza para identificar a las piezas que se enmarcan en el género dramático, tienen contenido jocoso y se desarrollan en un solo acto. Este tipo de obras, al igual que el entremés al que van a sustituir en el siglo XVIII, se llevaban a cabo durante un corte intermedio o tras el término de una función.

Las características fundamentales del género son mostrar una expresividad ligera representada en un ambiente popular y costumbrista. Con el paso del tiempo el sainete fue incorporando elementos de otros géneros como la zarzuela y el melodrama, combinando humor, moralidad, cantos y bailes, algo en lo que contribuyó enormemente Don Ramón de la Cruz, quien elevó literariamente el sainete. De la Cruz ofrece la más amplia y variada colección de sainetes. En su pluma se convierten en pequeños apuntes animados por los que desfilan las distintas clases sociales de la Corte, acogiendo situaciones graciosas y atrevidas, expresiones divertidas y castizas. Sus sainetes, escritos en verso, con rimas fáciles para no alejarse mucho de la naturalidad de la prosa, contiene un lenguaje, elogiado por los críticos, que sirve para pintar a los personajes, destacando la utilización del argot o jerga madrileña.

En el repertorio del sainetero madrileño se encuentran todos los motivos típicos del género. Los que más divertieron al público fueron los sainetes de costumbres madrileñas como el que hoy exponemos. En ellos presenta tipos o escenas panorámicas del Madrid de su época, captando lo típico y lo pintoresco: castizos personajes populares, como en "Las castañeras picadas" de 1787, modernos víctimas de la moda, "El majo escrupuloso", de 1776, pintorescas escenas de barrio y de taberna, "La botillería", de 1766, festejos populares, "La pradera de San Isidro", de 1766, animados paisajes de lugares de paseo y tertulia, "El Retiro por la mañana", "La Plaza Mayor por Navidad", escenas de la clase media, "El sarao", "Las tertulias de Madrid", o la clase baja y sus tipos, "La cesta del barquillero", "Los aguadores de Puerta Cerrada" y un largo etcétera. En todos ellos nos encontramos con una amplia clasificación de tipos: la burla alcanza a los payos y lugareños, gallegos y vizcaínos, pero se satirizan las nuevas indumentarias, costumbres y maneras de hablar de petimetres y cortejos; el majo y la maja adquieren una valoración especial, muy distinta a la de personajes con mayor tradición entremesil, que continúan apareciendo (médicos, letrados, barberos -y peluqueros-, ciegos copleros, estudiantes pobres, hidalgos pelones, escribanos, alguaciles, indianos «incautos y adinerados», beatas, vagos, gitanos...). Los moldes temáticos no varían substancialmente, pero se benefician de la mayor nómina de tipos. Sin embargo, la moralidad y la moralización de Ramón de la Cruz no se encuentran en los tipos escogidos, sino en la forma de satirizarlos, en los diálogos y en los finales de sus sainetes.

En muchos de sus sainetes, Ramón de la Cruz somete a crítica a los cortejos, petimetres y pisaverdes, culpados en la sátira de corromper las virtudes tradicionales. Y el pueblo representa la conservación de la normalidad ética española. Se trata de oponer lo tradicional a lo moderno, lo castizo a lo extranjero. Y la majeza, aunque con algunos defectos, conservaba los antiguos valores españoles de la virilidad y la conciencia del propio valer -el honor-, el sentido del ridículo y la pasión correcta. Su conservadurismo contribuyó, quizá paradójicamente, a la liberación del pueblo con respecto a las clases altas, o lo que viene a ser lo mismo: a cierta toma de conciencia social de las clases bajas urbanas. La segunda mitad del siglo XVIII fue escenario de una crisis de la moral tradicional, y en cierto modo de una renovación de las costumbres (del lujo, del concepto de honor, del sentido de la dignidad humana, del consumismo...) y seguía el sainete asomado a la realidad en busca de lo pintoresco. Por tanto, al reflexionar acerca de las bases y tópicos morales de los sainetes popularistas del autor madrileño, conviene indicar que la ridiculización y la crítica a las clases media y alta se centraba en sus costumbres (modo de comportarse, de hablar, y de vestir) y en el ataque a la maledicencia, hipocresía y esnobismo de la moda y el “afrancesamiento” en el hablar, el vestir, o el escribir.



Portada de la obra Teatro Selecto de Don Ramón

Sainete intitulado “El Sombrerito”

La Biblioteca Musical Víctor Espinós conserva un gran y variado fondo histórico y musical. En este caso, y proveniente del Archivo de comedias de los teatros de la Cruz y del Príncipe, el manuscrito que presentamos, aunque no es el original de 1785, sí es fidedigno, por ser una copia exacta del original hecha por alguno de los “traspuntes” para que lo tuvieran y ensayaran los actores que habían de representar esta obra en los mencionados teatros. “El sombrerito”, sainete comedia en un acto y escrito en verso, y cuyo título, en un principio iba a ser el de “Las petimetras”, versa sobre la decadencia de las costumbres afectadas por las nuevas modas. Tema recurrente, como hemos visto, en la obra de Ramón de la Cruz, quién satiriza a los petimetres, porque sus modos y costumbres afectan y arruinan a las clases medias al imitar los usos y el tren de vida aristocráticos. Así, castiga con la risa los vicios que encontraba en la sociedad de su tiempo, atendiendo particularmente a los usos y abusos de las clases medias -es decir del grupo social a que él mismo pertenecía- y censuraba la petimetría y la moda que acarrearía la ruina económica y moral de muchas familias. La obra se desarrolla en Madrid, y por ella van a desfilar los distintos tipos característicos de los sainetes de Don Ramón de la Cruz: burgueses, petimetres, oficiales, criados, modistas, barberos.

Finalmente, el sainete termina con las siguientes palabras: “Con la representación de la tirana se dio fin”. Hay que destacar que la Tirana era una composición lírica de baile y canto con la que se ponía fin a los sainetes, pidiendo el aplauso y el perdón de las faltas.